

igualmente gozosos, y affombrados por el prodigio, succedido delante de sus ojos.

Tenian su lengua estos milagros, y con ella daban aliento mayor à las voces de la fama de Capistrano, y poderosa eficacia à su doctrina, para mover los corazones. Este es el fin (dixo gravemente San Gregorio) para que el Señor, por medio de sus Siervos, haze parentes, y manifestos los milagros; porque guiados los corazones, de lo que los ojos ven, se dispongan mas facilmente à la Fè, de lo que no ven. Experimentò Roma esta verdad en la conversion de quarenta y vn Judios, que abjuraron los errores del Judaismo, por las maravillas, y doctrina de San Juan de Capistrano, en la forma que ya refero: Hallabase en la Santa Ciudad Gamaliel Doctor de la Synagoga, y doctissimo Rabino de los Hebreos. Este, zeloso de la Ley Antigua, viendo confirmar à Capistrano con tan evidentes, y maravillosos prodgios la del Christianismo, le aplazò à publica disputa. Admitiòla el Santo gustoso; porque fiaba del Divino auxilio el amparo, para bolver por la causa, y honor de su Santo Nombre. Llegòse el dia aplazado; y el Rabino propuso contra las verdades Christianas muchos sofisticos argumentos del Viejo testamento, fundados precisamente en la corteza, y sonido de la letra. Oidos por Capistrano, respondió con tanta energia, y afluencia de erudicion en las mismas Escrituras Antiguas, que se conociò bien estàr lleno de gracia, y fortaleza, para confundir, como otro Pablo, à los Judios, afirmando, que Christo era verdadero Dios, y verdadero Hombre, y el Mesias prometido en la Ley, y en los Profetas. No pudo Gamaliel resistir à la sabiduria, y espiritu, con que hablaba su Competidor; y rindiendo las armas de su engaño à

*Ad hoc quippe
visibile mira-
culorum facti,
ut coram vi-
dentium ad
fidei instrum-
entum pertra-
bant; ut per
hoc, quod mi-
rum foris agi-
tur, hoc, quod
intus est, lon-
ge mirabilis
sentiantur.
S. Gregor.
Hom. 4. in
Evang.*

las de la luz, y verdad Catholica; se diò à partido, pidiendo à voces el Santo Bautismo. Siguieron el exemplo de este Maestro otros quarenta Judios; los quales, despues de bien catequizados por el Santo en la Fè, y Doctrina Christiana, se bautizaron con tanto jubilo, como aplauso de toda la Santa Ciudad.

Entre las muchas, y gloriosas hazañas, que ilustran al Siervo de Dios, parece ser esta, que acabo de escribir, vna de las mayores. Era Gamaliel Judio, y docto: sobrado titulo cada vno, para estàr en su error, invencible; pues enseña la experiencia, ceder tan pocas vezes à la fuerza de la verdad el error de vn Docto, como la obstinacion de vn Judio. Y viene à ser, en mi entender, la razon: que firviendo al Alma de puertas, para que la entre el desengaño, el entendimiento, y la voluntad: el Judio cierra la voluntad con la obstinacion; y el Docto el entendimiento, con la presumpcion: con que juntandose en el Rabino obstinaciones de Judio con presumpciones de Docto, dexaba cerradas al desengaño todas las puertas. Quien, pues, no juzgaria por empresa, poco menos que imposible, aver de introducir en aquel coraçon la Fè? Mas este imposible venció Capistrano, auxiliado de la Divina gracia: desvaneciò la presumpcion del entendimiento en el Docto, con las luzes de su sabiduria: doblò las obstinaciones de la voluntad en el Judio, con las valentias de su zelo; y vno, y otro le texiò duplicada corona, viendose à vn tiempo mismo en la conversion del Maestro, el Judio derrotado, y el Docto convencido.

() (S) (*)(*)

CA-

CAPITULO XXVIII.

*SOLICITÀ S. JUAN DE CAPISTRANO,
avisado, y guiado de vna Estrella mila-
grosa, la Canonization de San Bernardino
de Sena: T el progressò de esta causa
deseñbre luzes de su spiritu
profetico.*

EN aquel Gigante de cien manos, que entre sus vanas mentiras pintò la Antiguada fabulosa, pudieramos dezir, avernos dexado delineada vna puntual idea de nuestro portentoso Heroe; pues le verèmos ya manejar à vn tiempo tales, y tantas empresas, que pareciera materia imposible darias feliz expediente; à no tener cien manos como Gigante. Hallavase en el Reyno de Sicilia, embiado de Eugenio IV. donde con la autoridad de Inquisidor General puso freno à la insolencia de los Hebreos, que corria desvogada: y con el caracter de Nuncio Apostolico compuso gravissimas diferencias concernientes à la autoridad Pontificia. Quando yà estaba en la conclusión de esta importantissima empresa, llegò à su noticia la muerte de su Santo Maestro Bernardino de Sena, y las maravillas, que el Señor obraba en credito, y calificación de sus virtudes heroicas. Templaron estas la acervidad de la pena, que causò en el coraçon de tan fiel, y Santo Discipulo la muerte de tal Maestro; y respirò, diziendo: *Magistrum amissum: Protectorem inveni: Consuelome, que si perdi Maestro en la tierra, hallè Abogado en el Cielo.* Hizòse nuevamente cargo de los titulos de Compañero, Amigo, Discipulo, è Hijo del Espiritu de San Bernardino; y para desempeñar las obligaciones, que en cada vno, y en todos juntos le intimaba la fineza de su gratitud, resolviò dar la buelta à Roma con la brevedad possible, à fin

de entablar en la Curia con todo empeño la causa de su Canonization.

Encaminòse à Aquila, donde en el fervor del dia se viò vna bellissima Estrella de resplandor admirable, en ocacion que estaba Capistrano recogido en la Celda recapacitando lo que avia de predicar en alabanza de MARIA Santissima Señora nuestra. La novedad portentosa de la Estrella aparecida, obligò à los Religiosos à sacarle de su recogimiento, para que la registrasse; y el testimonio que dà el mismo San Juan de Capistrano, como testigo de mayor excepcion, es este, por palabras formales suyas en la leyenda de la vida de San Bernardino. Dize así: Tengo hecho juicio, no ser despreciable lo que me succediò estando en la Isla de Sicilia, por mandado del Señor Eugenio IV. de santa memoria, quando supe la dichosa muerte de San Bernardino. Con esta noticia determinè hazer jornada à la Ciudad de Aquila, para solicitar con toda possible diligencia la Canonization de vn Varon tan grande, y esclarecido, con illustres milagros. Estando en Aquila en la plaza; y en el tiempo de la Iglesia, y del Monasterio de N. P. S. Francisco, à vista de gran muchedumbre de Pueblo à la misma hora; conviene à saber, entre Tercia, y Sexta; apareció vna Estrella muy resplandiente, que miraban todos, y llenos de admiracion con fabulaban de novedad tan maravillosa; pero yo entonces recogido, aviendo de predicar de la Bienaventurada Virgen MARIA; como no tuviese noticia fidedigna de la aparecida Estrella; sali, y admirandome la commoción de todos, preguntaba qual fuese la causa: por que yo no avia alcanzado à ver la Estrella, que estaba sobre mi. Entonces me señalaron el sitio donde
esta:

estaba, y levantando la cabeza, vi aquella misma Estrella, que apareció sobre la cabeza de San Bernardino, quando predicaba, y la vi evidentiſſimamente. Fixè la viſta, y la examinè con eſpecial reflexion, y cuidado, dando gracias à Dios, y à la Bendita Virgen MARIA, eſperando en la Divina Bondad, y en el Patrocinio de la miſma Bendita Virgen, que en el negocio de la Canonizacion de San Bernardino avia de tener feliz, y alegre ſuceſſo evidentemente con infalibilidad. Sucedió, pues, por diſpoſicion Divina, que el día ſiguiente por la mañana al ſalir de Aquila, enderezando mi camino à la Santa Ciudad de Roma, vi dicha Estrella, como que iba en mi camino. No la vi yo ſolo, que la vieron muchos, y mis Compañeros; entre los quales fueron Fray Matheo de Regio de Calabria, Fray Phelipe, y Fray Juan Teutonico de Auſtria, y otros muchos; y todos la vieron muchas vezes. Haſta aqui ſon palabras del miſmo San Juan de Capiftrano, traducidas del Latin por nueſtro Iluſtriſſimo Chroniſta el Señor Cornejo, que con la elegancia que acouſtumbra concluye la narracion de eſte caſo, diciendo: No han olvidado las Eſtrellas la noble ocupacion de conducir con ſus luzes à quien ſolicita adoraciones à la Santidad, y cultos à la Virtud.

Proſiguiendo Capiftrano ſus jornadas, llegó finalmente à Roma, donde deſpues de aver beſado el pie al Papa, y hecho relacion del buen exito de ſu Legacia en Sicilia; le notició muy por extenſo el prodigio de la Estrella, que le avia conducido en ſu viage, como feliz pronosſtico de la Canonizacion de ſu Maeſtro Bernardino de Sena, de cuyas grandes virtudes, y portentofos milagros, tenia

Eugenio IV. experiencias repetidas. Eſtas, y la eficaz perſuaſiva de Capiftrano, movieron à eſte Pontifice à tomar con gran calor la concluſion de los proceſſos, para eſcribir à San Bernardino el año ſiguiente à ſu muerte en el Catalogo de los Santos. Aſi lo deſcaba Eugenio, y aſi lo ſignificò à Capiftrano: mas eſte, iluſtrando ya con la luz del Cielo, le dixo: *Non tu, ſed qui tibi ſuccedet, hoc opus abſolvat. Santifſimo Padre, no tiene Dios determinada la concluſion de eſta obra para V. Santidad, ſino para vueſtro inmediato Suceſſor.* Como lo predixo, aſi ſucedió; porque muerto Eugenio IV. entrò à la poſſeſſion de la Tyara Nicolao V. y eſte concluyó la cauſa, à que ſu Predeceſſor avia dado principio feliz.

Eſta miſma Profecia bolvió à repetir publicamente en Aquila el día, en que llegó la noticia de la eleccion de Nicolao V. al Pontificado; porque eſtando predicando, ſe arrebatò de vn extraordinario jubilo, y prorrumpió diciendo: *Alegremonos todos en Dios, Hermanos míos cariſſimos, porque os hago ſaber, que muy preſto veremos à nueſtro Bernardino de Sena Canonizado en la tierra, y eſcrito en el numero de los Santos, como lo eſtà en el Cielo.*

Viòle muy en breve la verdad de eſte Vaticinio en el Pontificado de Nicolao V. porque tomó tan à ſu cuenta el Santo Pontifice eſte negocio, que no deſiſtiò de èl, haſta que le dexò acabado. Importò mucho para eſto la Profecia de la Tyara, que Capiftrano años antes avia hecho al miſmo Nicolao V. ſiendo eſte Arzobispo de Bolonia, con el nombre de Thomàs Lucano de Sargana, que deſpues dexò por el de Nicolao V. Sucedió el caſo en eſta forma: Haziendo Capiftrano la Viſta del Convento de Bolonia, como Vicario General de la Familia Obſervante, paſò à tomar la

ben-

benedicion al Señor Arzobispo. Honorò eſte con muchas expreſiones de eſtimacion, y benevolencia al Siervo de Dios; y Capiftrano para deſempeñarle, recompensò los obſequios, diciendo al Arzobispo: que la Divina Providencia le tenia deſtinado para la Suprema Dignidad Pontificia. Dexò el Venerable Prelado ſuſpenſo el juicio entre ſu humilde modestia, y el gran concepto del eſpiritu de Capiftrano. Mas dexandole vencer del peso de ſu humildad, no diò aſſenſo à la Profecia, y ſe convenció à que el Santo hablaba impelido mas del vehemente aſſecto, con que le deſcaba ſus aſſenſos, que de Divina revelacion. Conociendo Capiftrano lo que paſſaba en el coraçon del Arzobispo, concluyó ſu Vaticinio, diciendo: *No me admira, Señor, de que ſiendo Thomàs en el nombre, lo ſeais tambien en la incredulidad, y digais con èl: Niſi videro, & teneo, non credam: no lo creerè, ſi no lo viefſe, y lo tocateſſe: mas ya, Señor, llegar à tiempo, en que la verdad, que pronuncian aora mis labios, ſerà viſta de vueſtros ojos, calificada con la experiencia.* No paſſaron muchos años ſin que lo viefſe, y lo tocateſſe, ſubiendo à la Dignidad de la Tyara, como ya dexò dicho arriba.

Segunda vez le revelò el Señor eſte ſecreto, junto con la muerte de Eugenio IV. porque eſtando en Aquila rezando el Oficio Divino con ſu Compañero, le mandò, que dixefſe por el Papa la Oracion, que empieza: *Deus omnium Fidelium Paſtor.* Obedeció puntual, y al pronunciar: *Famulum tuum Eugenum,* replicò Capiftrano: *No digas ya Eugenum, ſino Nicolaum.* Eſtrañò el Compañero advertencia tan deſimaginada, y diſcurriendo aver en ella algun ſecreto oculto, le rogò ſe le deſcòbriefſe. Condeſcendió el Santo, y le dixo: Sabe que en eſte instante acaba de fallecer Eugenio; y el Suceſſor ha de tomar el nombre de Nico-

lao; y por eſto te adverti, que mudafſes en Nicolao el nombre de Eugenio.

CAPITULO XXIX.

CONCLUYE S. JUAN DE CAPISTRANO, à peſar de la emulacion, la Canonizacion de S. Bernardino en el breve termino de ſeis años.

Entrò Nicolao V. à la poſſeſſion de la Tyara, y Capiftrano luego que tuvo oportuñidad, pidió licencia para entrar à beſarle el pie. Concedióſela el Supremo Padre, con particular benignidad, y el Santo arrodillado en ſu preſencia le ſaludò, reconvinendole con el Vaticinio, que le hizo, quando era Arzobispo de Bolonia; y le intimò ſu pretenſion de la Canonizacion de San Bernardino, con eſtas palabras: *En tandem ſum nomine Nicolao feliciter tangis, quidquid ſuo nomine Thomas credere non uulſiſſet. Salve ergo, & fratris tui Bernardini Senenſis recordare. En ſu, Santifſimo Padre, ya tocà felicemente V. Beatiud con el nombre de Nicolao aquella verdad, à que no quiſo aſſenſir con el nombre de Thomàs. Salve Dios à V. Santidad, y dignefe de tener en ſu memoria à ſu Hermano Bernardino de Sena.* El Pontifice convencido, y obligado del humilde recuerdo del Siervo de Dios, le empenò ſu palabra de favorecerle en todos ſus ſantos deſignios; y eſpecialmente en el que tenia entre manos de la Canonizacion de San Bernardino.

Nada eſtuvo demàs, para que Capiftrano viefſe logrados los intentos de ſu zelofa piedad en favor de los cultos publicos de ſu Santo Maeſtro; porque con la muerte de Eugenio IV. reſucitaron contra San Bernardino la embidia, y la vengança de ſus Emulos. Eſtos, que, ò detnidos con el reſpeto, ò arredrados con el re-

mor

mor del difunto Pontífice tenian cubiertas las brasas del encono entre las cenizas del disimulo; aora con la ocasion del nuevo Gobierno las descubrieron, y avivaron, hasta levantar llama con los dañosos sopios de injustas, y gravísimas imposturas. Corrian estas tan descaradas, que se dezia sin rebozo aver atropellado Bernardino los fueros de la autoridad Pontificia con manifiestas inobediencias; y manchado los candores de la Fè con el borron de publicas heregias; por lo qual avia acabado la vida infelizmente como prescito. A tanto se arroja una voluntad arrebatada de la vengança.

El Autor de taa infames imposturas, fuè vn Amadeo de Lauda, à quien en vida avia corregido S. Bernardino caritativamente por ciertos delitos dignos de castigo. Este hombre, que tuvo por agravio, lo que debiera estimar como beneficio, se valió de Bulas subrepticias de Eugenio IV. con las quales procedió contra San Bernardino en toda forma. Nombrò Juezes, citò testigos falsos, formò processo, y diò sentença definitiva, sin aver oido, ni citado à Bernardino para su defensa, y sin que se supiesse el embuste diabolico por alguno, fuèra de aquellos, que trabajaron en la trama. Quando ya les pareció ser tiempo de sacar à luz su mal yridia: reia; la publicó Amadeo, teniendo por Coadjutores de esta aleuosa infamia à no pocos Eclesiasticos de su faccion. Llegò el defcario à tan alto punto, que se predicaba publicamente en los Pulpitos con escandalo de los oyentes; en quienes siempre tenia el lugar primero la voz clamorosa, y la fama cierta de las virtudes, milagros, y santidad de San Bernardino: porque como estaban fundadas sobre piedra, no pudo derrocarlas el torbellino de la censura. Fuera de que

al mismo tiempo, que los Emulos trabajaban inutilmente en obscurecer tan santa fama con las referidas cabilaciones; estaba San Juan de Capistrano obrando prodigios, para arrygarla mas en la estimacion de todos; y lo consiguió tan à satisfaccion, como lo dirà el suceso. Poco antes, que S. Bernardino muriesse en Aquila, avia muerto en Reate el B. Thomàs de Florencia, ó de Escarlino, Varon de relevante santidad, que calificò el Señor despues de su muerte con grandes prodigios, como dirè à su tiempo en este Tomo. La frecuencia de los milagros del B. Thomàs, llamò la devocion de los Pueblos, que en numerosos concursos buscaban en su Sepulchro, como en seguro asylo, el remedio de sus necesidades; de fuerte, que se competian en los milagros el B. Thomàs en Reate, y San Bernardino en Aquila. Era à la fazon Vicario General de la Observancia San Juan de Capistrano, y pareciendole, que esta sagrada competencia podria dividir la devocion entre San Bernardino, y el B. Thomàs; y con esta ocasion entibiarfe en parte el ardor, con que se avia tomado la Canonizacion de su Santo Maestro; se fuè al Sepulchro del B. Thomàs, y valiendose de la autoridad de Prelado, le dixo en alta voz: *Fray Thomàs, assi como en vida estuviste prontamente rendido à tus Prelados: assi espero lo has de estar tambien en muerte: en esta fèd te mando, que suspendas los milagros, hasta ser Canonizado nuestro Bernardino de Sena. Cosa prodigiosa!* Desde aquel punto no obrò el B. Thomàs otro milagro, sino el que hizo en dexar de hazerlos, hasta que estubo canonizado San Bernardino. El caso es admirable: pero debese advertir, que mandatos de esta calidad, ni debe imitarlos el simple, ni calumniarlos el prudente: no imitarlos aquel; porque tales resoluciones en

*Christoph.
de Varis. in
Vita Ioann.
Capistran.
Ioan. Bapt.
Barbier. c.
19.*

los Santos, se regulan, y mueven por principios superiores à toda humana prudencia: no calumniarlos este, porque en Historias Eclesiasticas tienen gravísimos exemplares.

Diò Capistrano con la referida maravilla nuevos alientos à las voces de la fama de su Santo Maestro Bernardino de Sena: si bien en contraposicion levantaba sus gritos la malicia; y llegando todo con los mayores esfuerzos à los oidos de Nicolao, dexaron su juicio suspenso, sin saber entre que voces hallaria la verdad. En esta inocencion se estaba, quando Capistrano, aviendo pedido audiencia, entrò à hablarle sobre el punto. Diòle à entender bien claramente como las voces opuestas à la buena opinion de Bernardino, eran cabilaciones iniquas de la vengança, de que, si gustaba su Santidad, podria hazer evidentes pruebas en terminos judiciales. Persuadiale esta misma verdad con otras eficaces razones: y al concluir su discurso, arrebatado del zelo de la Justicia, y del honor de su Santo Maestro, prorumpió con estraña eficacia en estas palabras: Mas para que gastamos tiempo en proponer razones, quando se puede remitir el examen à las experiencias? Santísimo Padre, enciendase en el lugar mas público de Roma vna grande, y exorbitante hoguera: arrojese à las llamas el Cuerpo de Bernardino; y si estas, executando su voracidad, le reduxessen à cenizas, atribuyase el fatal efecto à la enorme gravedad de mis culpas, y levantele la mano de la causa de su Canonizacion: pero si las llamas obsequiosas le fabricasen tronò, en que triunfe; sean las mismas llamas lenguas de fuego, que testifiquen infaliblemente la santidad de su Alma.

Estas palabras dixo Capistrano con tanta fuerza de espíritu, que el

Papà se llenò de admiracion; y ternura: y como si cada voz del Siervo de Dios huviera sido vna faeta de fuegos; y de luz, assi quedò el Pontífice encendido en la devocion de San Bernardino, y convencido à que todo lo dicho contra los candores de su Fè, era maliciosa impostura de la emulacion. Movido de este dictamen, diò providencia para que con toda exactcion se examinasse la causa. Concluida muy en brevè (porque la verdad se dexa hallar facilmente, de quien con deseo la busca) y aviendo visto con evidencia la impiedad de tan descarada malicia, expidiò vna Bula, en que descubre todo su diabolico artificio. Declara, que las Bulas de su Predecessor, de que se valieron los Emulos contra Bernardino, eran subrepticias, y obrepticias; y que todo lo actuado, en virtud de ellas, es nulo, è iniquo, contestado contra todo Derecho con testigos falsos. Despues concluye, derramandose en elogios de San Bernardino con Magestuosa elegancia. Desde este punto corrieron con tanta felicidad los processos a sollicitud de Capistrano; que viò executada la Canonizacion de su Santo Maestro año de mil quatrocientos y cinquenta, tres años despues de este suceso, y seis de la muerte de S. Bernardino. Este, agradedido à las finezas con que su buen Discipulo Capistrano avia promovido à sus cultos, y defendido su fama à costa de muchas fatigas, le diò las gracias, apareciendole bañado en resplandores de gloria, y llenandole el coraçon de celestiales dulçuras. El Summo Pontífice tambien diò parabienes à Capistrano, y las gracias de lo mucho, que su zelo avia cooperado à tan gloriosa, y difícil empresa. Entonces el Siervo de Dios, lleno de confusion, y clavando los ojos de su conocimiento en el profundo de su miseria, respondió, di.

diziendo: *Maximus sum peccator, & tibi peccatoribus minimè debentur. Santissimus Padre, soy grandísimo peccador; y no debe hazer tanta honra V. Santidad à quien està lleno de culpas como yo.* Con este primor de humildad coronò Capistrano lo heroico de su piedad, y Religion: que pudieran parecer en otras circunstancias passion humana de Discipulo à Maestro; y no fueron sino finezas fantasmáticas, à que le impelían el amor à la virtud, y la veneracion à la dignidad.

CAPITULO XXX.

DE OTROS GRAVES EMPLEOS DE San Juan de Capistrano: Recibe favores del Cielo: Y funda Conventos de Religiosos, y Religiosas.

N^O por la agencia de la Canonización de San Bernardino, en que trabajò Capistrano con infatigable zelo; y à que era preciso dar tanta parte de tiempo, y de cuidado, como se puede discurrir: dexò de emplearse en este tiempo en otras empresas, conducentes à las purezas de la Fè, aumento de la Familia Observante, y bien de todas las Almas. Supo que en Venecia empezaba à tomar cuerpo cierta heregia tocante al Alma racional. Apenas tuvo la noticia, quando como rayo disparado se encaminò à aquella esclarecida Republica, para suprimir el error, antes que se hiziesse mas robusto, y tomando fuerças, resistiesse à la verdad. Tuvieron sus designios el efecto feliz, que deseaba; porque pudo tanto su persuasiva, que dexò sepultada aquella nueva heregia en su mismo nacimiento.

Otra Legacia hizo al Rey de Aragón Alfonso, para disuadirle el sitio de Gaeta, que yà estaba aprestado;

porque tuvo el Siervo de Dios luz del infausto suceso del Rey. Dixole, que abandonasse la empresa, si no quería ver derrotada su Armada; y su persona, con la de su hermano, en manos de los enemigos. Despreciò Alfonso el aviso, fiado en la buena calidad de sus Tropas; pero presto llovió el arroyo de su temeridad, y corociò, que Capistrano le habló con espíritu profetico: porque los Ginovelles, coligados con los de la Plaza, hizieron una salida, con tan feliz fortuna, que rompieron el sitio, y hizieron prisioneros al Rey Alfonso, à su hermano, y à los principales Cabos del Exercito.

Siendo el Siervo de Dios segunda vez Vicario General de la Familia Observante, se hallaba de Visita en el Convento del Burgo del Santo Sepulchro, dia de la Gloriosa Assumpcion de MARIA Santissima Madre de Dios, y Señora nuestra. Embebido, y absorbido en la consideracion de este Soberano Mysterio, baxò con la Comunidad al Refectorio. Sentados yà los Religiosos à las mesas, dieron principio à la comida con la leccion del dia, como es costumbre en nuestra Sagrada Religion. Con esta ocasion en el coraçon del Santo crecieron las llamas de aquel sagrado fuego, que en la meditacion del Mysterio se avia encendido; y sacandole fuera de sí, le arrebataron en un altísimo extasis con perdimento de los sentidos. Dignóse el Señor de dar à conocer à su Siervo en este rapto un disseno de la Gloria, con que su Madre Santissima avia subido à los Cielos: à este fin le manifestó la Bienaventurada Alma del B. Fr. Alberto de Sarciano, que acababa de desprenderse de las prisiones del cuerpo, y bañada en resplandores de Gloria subía à recibir la corona prevenida. No quiso su Magestad quedasse oculta esta ma-

De N. P. S. Francisco Lib. I. Cap. XXX. 73

ravilla, sino que se descubriese en credito de sus dos fieles Siervos; en cuya suposicion movió à Capistrano, para que en el fin de su rapto prorumpiesse en estas palabras: *O mis Carísimos Padres! Buenas nuevas, que veo volar al Cielo llena de gloria la bendita alma de nuestro buen Hermano Fr. Alberto. O qué hermosa; & qué ligera que sube! Demos gracias al Señor por esta dignacion de su misericordia!* Al concluir, entonò con esta misma melodía el *Te Deum Laudamus*, que proseguió alternativamente la Comunidad llena de admiracion, y ternura. Pocos dias despues de este caso se supo como el B. Sarciano avia dexado esta vida; y pasado à la eterna en el mismo dia, hora, & instante, en que lo avia manifestado el Siervo de Dios.

Concluida la Visita, pasó Capistrano à su Patria; y à dar expediente à la fundacion de un Convento; para el qual tenia yà las licencias necesarias. Quando llegó, y encontró à sus Paysanos en una pedada diferencia con los Pueblos de la Comarca; sobre el sitio de la fundacion; y huvieran llegado à las manos, à no averles contenido el respeto, y veneracion, que todos le tenían. Tomò la mano en persuadirles la concordia con blandura de palabras; y quando estaba en el fervor de su razonamiento, vieron todos venir por el ayre, sin saber de donde, algunas palomas, que con presuroso vuelo se encaminaban al bendito Prelado. Llegaron à él, y con festivos gyros, y tornos daban à entender le hazian la salva. Entónces Capistrano convertido con nuevo espíritu à sus oyentes, y levantando la voz, les dixó: *Vais, Fieles, estas aves? Pues en verdad os aseguro, que no han venido casualmente, sino embiadas de Dios, para anunciaros la paz. Attendellas, y sabed, que es voluntad Divina, que donde ellas fixen el pie, allí se fabrique el Convento.* Dicho

Parte V.

esto, inmediatamente enderezaron las palomas su rapido vuelo al Castillo antiguo del Señor Conde de Suelano, singularísimo Bienhechor del Santo; à cuya Hipoteca avia sacado de los fances de la muerte; como yà dexo referido. Fixaron las palomas el pie en el Castillo, y aqui por común convenio de todos, y con singular gozo del Conde, y de la Condesa, se fabricò el Convento; que siempre ha sido escuela de religiosas perfecciones. Por esta causa, y por el caso de su fundacion; es muy frequentado de los Pueblos de la comarca con singular devocion, y piedad.

Con la repeticion de tantos; y tan notorios prodigios, eran cada dia mas copiosos los frutos de la predicacion del Siervo de Dios N. S. No fuè la menor cosecha, la que en sentir de San Cypriano es la mas illustre porcion del Rebaño de Christo; esto es, la copiosa Turba de Virgines consagradas à Dios por Esposas; en las quales, así como florece mas gloriosamente la casta fecundidad de la Iglesia; así con mayor razon aumentan los gozos de tal Madre. Fueron muchas las honestas Doncellas, que à las luzes de la Doctrina; y Sermones de Capistrano, descubrieron con evidencia las peligrosas salacias de la vanidad del siglo, y huyendo de ellas con el desprecio, ponian el coraçon, y los ojos en el seguro puerto de la Religion. Era tan copiosa la mies de estas Azucenas, que faltaban Jardines, y Troxes, en que plantarlas, y recogerlas. A esta causa, para dar cumplimiento à tan santos deseos, se aplicò el Siervo de Dios à la fundacion de algunos Conventos de Monjas Clarissimas, y de Terceras de N. P. S. Francisco, solicitando de los Principes, y Bienhechores limosnas para su dotacion. El V. Fr. Juan de Tagliacocio, que fuè uno de los Compañeros del

Tagliacocio, apud Vading, ad an. 1456. n.

87.

G

San

Santo en la Hungría, escribió vna extensa relacion de los sucesos de su muerte, que remitió autentica en toda forma al B. Jacome de la Marca: y aunque en esta relacion supone este Autor, que los Conventos de Monjas, fundados por el Santo, fueron muchos, de solos dos hizo expressa mencion. De estos, vno es el del Sacramento de Monjas Clarisas en la Ciudad de Aquila; y otro, el de Santa Isabel de la Tercera Orden en la misma Ciudad. Del primero dize el referido Taglacocio estas formales palabras: En la hora de su muerte se acordó Capistrano, entre otros Monasterios de Monjas, principalmente del Monasterio del Santissimo Sacramento de la Ciudad de Aquila, que él mismo avia fundado à costa de muchas fatigas. A este Monasterio amó siempre con extremo el Santo: en el qual por su misma mano consagró à Dios catorce Monjas, como piedras fundamentales de aquel edificio. Aumentóse despues tanto este Monasterio, que dentro de poco tiempo, por la santidad, y oraciones de Capistrano, llegaron al numero de sesenta aquellas benditas Monjas, excelentes en toda fantidad.

A la direccion de estas sagradas Virgenes se aplicaba el Siervo de Dios con tanto zelo, como jubilo de su Alma, para encaminarlas à la cumbre de la perfeccion, en seguimiento del Cordero Immaculado, por el camino real, y derecho de su Santissima Vida, Pasion, y Muerte. Empleaba en esta direccion (para que no estuviéssé valdío, y ocioso) aquel Dón de la difreccion de espiritus, que le avia comunicado el Señor; y el riquísimo caudal de noticias de la Mystica, estudiadas aun mas que en la especulacion de los libros, en la Oracion, e llapfos Divinos, con proprias expe-

riencias. No tenia el Siervo de Dios este empleo por el de menor importancia entre los gravísimos de su zelo: antes juzgaba con San Cypriano, que quanto era mas sublime la gloria de las Virgenes Espoas de Jesu Christo, así debia ser ázia ellas mayor el cuidado de los Padres, y Pastores de la Iglesia. Por esta razon (y conformandose al dictamen del P.S. Bernardo, que apunto à la margen) entre sus muchas ocupaciones hazia lugar à esta tan principal, asistiendo à aquellas sagradas Virgenes con paternal afectos; de que fué vltima prueba la expressa, y singular bendicion, que las dió desde la Hungría, estando para morir. Siguió Capistrano en este empleo de su zelo (fuera de los Apostoles, como se vió en San Pablo, y en San Juan) los exemplos de los Cyprianos, de los Ambrosios, de los Augustinos, de los Geronimos, de los Berniardos, Franciscos, Benturas, y otros Santos Doctores: los quales todos con su practica cierran la boca para la censura à todos aquellos, que miran con ceño semejante ocupacion. Confieso ingenuamente, que me contengo, y mortifico en no dexar correr la pluma, diziendo en este punto lo que siento, porque no me juzguen apasionado: Mas si dire con sencillez, aver escrito este empleo del espiritu de Capistrano con notable complacencia de mi Alma; porque estoy convencido à que se haze particular obsequio al Immaculado Espóso, y Soberano Rey de la Gloria, en llevar à sus pies las Virgenes confagradas por víctimas de la pureza: y me alegro siempre que veo en los exemplos, y doctrinas de los Santos el apoyo de mi sentir.

)(&)

* * * * *

CA-

CAPITULO XXXI.

SALE SAN JUAN DE CAPISTRANO de Italia à ruego del Emperador Federico: Da principio à su viage en la Iglesia de Porciuncula: Predica en varias Ciudades con admirables prodigios, y frutos.

Quando vn coraçon finamente enamorado de Dios N.S. llega à arder en el sagrado incendio del amor mas puro, suele remontanle con los deseos à la esfera de lo imposible, ingeniando exquisitos modos, con que calificar sus finezas en obsequio de su amado. De aqui nace, que como rara vez las obras llegan à la esfera casi inmensa de las ansias, se le desparecen de los ojos, y de entre las manos las finezas: con que siempre vive poco satisfecho de sí mismo; y obrando mucho, para satisfacer su ardor, se queda con nueva sed de obrar mas; porque el mismo conato, con que obra, aviva poderosamente las llamas, en que se abraza. En este auge de perfeccion se hallaba el fuego del amor Divino; que ardia en el generoso coraçon de San Juan de Capistrano: por cuya razon poco satisfecho de tales, y tantos servicios, como tenia hechos à la Santa Iglesia, empieza à trabajar de nuevo, empuñando todo en refarcir con la tarea de la tarde aquella perezosa ociosidad, en que, segun el parecer de su humildad, avia gastado la mañana. Pulso Dios N.S. la ocasion oportuna en las manos, para lograr este zelo, y las ansias de entregarse todo víctima del amor Divino en las aras de la Fè. Fué el caso, que el Emperador de Alemania Federico Tercero, bien informado ya por las voces de la fama, y de la relevante sabiduria, virtudes, y milagros, en que borecia Capistrano; suplicó con repetidas, y vigentes instancias à Nicolao V. se le embiasse al Imperio: Representaba el Emperador al Papa, para facilitar mas su pretension, las vivas esperanças, que avia concebido de lograr, por medio de Varon tan Santo, y prudente, paz, y serenidad en las turbulencias de los Potentados de aquellas partes; entre cuyos disturbios daban mucho calor à sus errores los Hereges Husitas; Jacobelianos; y otros; con universal sentimiento de los Catholicos, y manifestado peligro de nuestra Santa Fè. Hizo mucha fuerza al Padre universal de la Iglesia el alegato; ten que iba no menos, que la causa publica de la Religion Christiana; y aunque sentia mucho privar à toda Italia de la persona, y comunicacion de Capistrano; y mas viéndole en la quebrantada, y crecida edad de sesenta y cinco años: huvo de condescender finalmente à los justificandos ruegos del Emperador.

Participó el Pontifice al Siervo de Dios el intento de Federico, para que le dixesse, qual era acerca del su determinacion. Oyó la proposicion el Santo, y confundido por vna parte hasta lo profundo de su nada, con el peso de su humildad; y azorado por otra con las ardientes actividades de su zelo, se dexó todo en las manos de la obediencia; y respondió al Pontifice: Santissimo Padre, aquí me tiene pronto V. Beatitude, para obedecerle con total rendimiento, en quanto quisiere mandarme porque à imitacion de mi Señor Jesu Christo, obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz; quiero perder antes la vida, que la obediencia. Oida del Pontifice la rendida, y fervorosa determinacion del Santo, le intimó su mandato; para que admitiesse el cargo de Comissario, y Legado Apostolico, en que le creaba, con plenitud de potestad, para el Imperio de Alemania. Amplióle, y confirmóle al mismo tiempo la autoridad, que ya tenia de In-

quisidor General en todas las partes del Orbe: y vno, y otro cargo acerbó el Santo con profundísima humildad, y ciego rendimiento. Después de algunos dias, aviendo recibido la bendición Apostólica, y las Instrucciones de su Legacia, se despidió del Supremo Padre, y Pastor de la Iglesia, con la ternura, que en tal ocasión se dexa considerar.

Despedido del Pontífice, se aprestó para su viage, sin que le fuese de embarazo, ni lo crecido de su edad cansada, ni lo debil de sus fuerzas, quebrantadas con los golpes de la mortificación, y con el peso de los cuidados; ni la aspereza de los caminos, ni la distancia de las no practicadas Regiones, ni la destemplada frialdad de sus climas, ni la audacia insolente de los Hereges, à quienes iba à hazer frente, ò para convencerlos con la disputa, ò para castigarlos con el açote. Nada de todo esto (que aun al animo mas varonil pudiera representar muchas funestas imágenes de la muerte) fuè remora, para detener à Capistrano vn instante en su Catholico, y animoso rumbo; porque transformado todo en el fuego invencible de la Caridad, rompía quantos estorvos se le oponian: y haziendo alas de sus llamas, resolvió, à pesar de los peligros, llevar en ellas la salud, à los que yzian dormidos en las sombras de la muerte.

Diò principio al viage: y para que su salida de Italia empezasse desde el Summo Cielo, determinò ante todas cosas, visitar el devoto Santuario de MARIA Santísima de los Angeles de Porciuncula. Entró en el Templo; y aviendo pedido con fervorosa oración à la Madre de las Misericordias, dirigiesse sus passos à la mayor gloria de su Hijo, bien de las Almas, y exaltacion de la Fè Catholica: descendió del Cielo vn globo hermosí-

simo de resplandentes luzes, que bañaron de visibiles resplandores todo su cuerpo, y de exorbitantes jubilos, è interiores consolaciones todo su espíritu. Con esto, despues de vn familiar, y dulcíssimo coloquio se despidió de MARIA Santísima, y caminò casi media legua, vestido, y rodeado del referido globo de luzes. Sirvieron estas de lenguas con que la Divina Providencia quiso asegurarle de la proteccion de la Emperatriz del Cielo en tan dificultosa empresa; y de la felicidad, con que, vuidas, y deshechas las tinieblas de la heregia, avia de introducir en las Regiones del Imperio las luzes de la verdad Catholica.

Continuò sus jornadas por la Lombardia, y Marca Tarvisina, sembrando por todos los Pueblos, y Ciudades, exemplos, doctrinas, y milagros, con que cogia abundante cosecha de frutos en beneficio de las Almas. Aviafe ya estendido por toda Italia la voz de la ausencia de Capistrano con Legacia para el Imperio: y persuadidos todos, à que por su crecida, y trabajada edad, no le bolverian à ver en aquellos Payfes; salian de las Poblaciones en numerosos, y casi increíbles concursos, para verle, y recibir su vltima bendición. Valiafe el Siervo de Dios de estas ocasiones, para predicar la Divina palabra; porque haziendoles el cargo de que ya no verian mas su rostro, disponia oportunamente los corazones à piadosos, y santos afectos. En vna de estas ocasiones, en la cercania de los Campos de Brixia, concurrió tan exorbitante multitud de hombres, que llegaron à cincuenta mil; los quales le detuvieron dos dias, no permitiendole proseguir el camino, hasta que les predicasse, y bendixesse. Condescendió el Santo à sus piadosas instancias, y predicò, tomando por assumpto la necesidad de la penitencia,

para conseguir la gracia de Dios, y remisión de las culpas. Hizo con este Sermon en los oyentes el mismo efecto, que el otro Angel Predicador en los Campos de Galgala, donde las lagrimas verdidas de los Israelitas dieron al Valle el nombre de *Locus flentium*: Lugar de los que lloran. Aun en los que no podian oir à Capistrano por la distancia; commovió tan grande llanto, que fuè preciso suspender por vn largo intervalo el Sermon, hasta que desahogados los corazones en lagrimas, y suspiros, pudo concluir. Acabado el Sermon; le llevaron à donde yzian veinte dolientes de varias enfermedades; à todos los quales, con la bendición en nombre del Señor, les diò perfecta, y repentina sanidad.

Llegò à la Ciudad de Brixia, donde informado ya del suceso referido, el Magistrado, y toda la Plebe salieron à recibirle con solemne pompa, y festivos aplausos; que referia à su Dios, y Señor, como fiel, y prudente Siervo, reservando para sí solamente el profundo conocimiento de su baxeza. Mas no porque se mortificaba el Santo en estos aplausos; dexaba de ser agradecido à quien le obsequiaba con ellos; porque tan humilde como discreto, sabia ser cosa muy agena de la verdadera humildad, la villania de la ingratitud, y las grosserias de la desatencion. No presumia de sí ser digno de los aplausos; pero sabia, que la piedad de los Fieles lo creia con sana intencion; y así como se conocia deudor de las honras à Dios, que solo las merecía; así se consideraba obligado à la buena voluntad, y sana intencion de los corazones piadosos, que se las daban. A esta causa quiso desempeñar la obligación, en que le puso la Ciudad con sus obsequios, y predicò la Divina palabra à todos sus Moradores. Fuè

Parte V.

tanta la multitud, que de los tomabanos Pueblos, y de los Campos de Cremona, Milan; y otras partes concurrió, para ver, y oir al Siervo de Dios, que no cabiendo en la Plaza mayor, con ser capacíssima; salió extramuros, y en campo abierto predicò à mas de ciento y veinte y quatro mil personas. No podian los que se hallaban mas distantes percibir la voz del Santo; y queriendo suplir con la vista el defecto del oido, subian à lo mas empinado de los cercanos arboles. Succedia con esto, que las ramas, vencidas, y desgajadas con el peso, se venian abaxo, haziendo tan inevitable, como peligrosa, la ruina de los pacientes. Pero se observò, por cosa à la verdad prodigiosa; que aviendo sido muchos los que cayeron; en ninguno se reconociò, ni aun leve lesión de la caída. Con las mismas honras, y aplausos; que los Brixianos, le recibieron, y hospedaron los Vicentinos, Veroneses, Paduanos; y Mantuanos; cuyas tierras quedaron fecundas de virtudes al riego de tan Santa, y Celestial Doctrina.

La Ciudad, emperò, que más à satisfacción logró en esta jornada los beneficios influxos de Capistrano, fuè Venecia; que obtuvo del Summo Pontífice Letras, para que el Siervo de Dios les predicasse la Quaresima; que estaba muy inmediata. Obedeció rendido, y predicò con el mismo fruto; que en otras partes. Los milagros, con que daba mayores eficacias à su doctrina, fueron tantos; que de frequentes ya no parecian milagros; y acasò por esta causa; entre otras; no los individuan nuestros Historiadores. Con el exemplar de los Venecianos obtuvieron tambien los Milaneses, por medio de su Duque Francisco Esforcia, Letras Apostólicas, para que el Santo se detuviesse algunos

G;

dias;

dias, y predicasse en Milán. Pero no lo consiguiéron, à causa de estar el Santo ya muy cerca del Austria, quando se despacharon estas Letras; como consta de la diaria relacion, que haze nuestro Illustrissimo Annalista, de los successos de esta jornada.

CAPITULO XXXII.

PASSA EL SANTO EL RIO SILA milagrosamente con doze Compañeros: Y prosigue su viage con muchos milagros, y uniuersal aclamacion de los Pueblos.

Las recomendaciones, que concurrían en San Juan de Capistrano, para el amor, y veneracion de los extraños, cierto es avian de hazer su efecto mas de lleno en los domesticos; no solo porque logran estos mas de cerca los influxos de su virtud, sino tambien, porque le miraban como Padre uniuersal de toda la Familia Observante. A esta causa le recibian con tanta veneracion, como alborozo, los Conuentos de nuestros Frayles, por donde hazia su tránsito; y siempre le acompañaban de vnos Conuentos à otros los Padres mas graduados. De aqui pudo aver nacido la equivocacion de algunos Chronistas en la narracion de los Compañeros, que el Siervo de Dios sacó de Italia para la Hungria; pero lo cierto es, que fueron solamente doze: seis Sacerdotes, y seis Legos. Los Sacerdotes eran Fr. Gabriel de Verona (que años despues vistió la Purpura del Cardinalato) Fr. Geronimo de Milán, Fr. Nicolàs de Fara, Fr. Pedro Soprano, Fr. Pedro de Modena, y Fr. Christoval de Varisio. Los Legos: Fr. Bernardo de Napoles, Fr. Pablo de Ferrara, Fr. Juan de Camplo, Fr. Miguel de Perosa, Fr. Ambrosio de Aquila, y Fr. Juan de Austria; vnos, y otros de vi-

da muy aprobada, y de constante fama de Santidad. Los Sacerdotes eran tambien doctísimos; de que es no leve argumento el averlos elegido el Santo entre toda la Familia Observante, para que le acompañassen en la difícil, y heroyca empresa, à que le empeñaron las valentias de su Apostolico zelo.

Con estos doze Compañeros caminaba el Santo, quando en el tránsito del Rio Sila, que corre por los Campos de Tarvisio, le sucedió el prodigio siguiente: Llegaron à las margenes del Rio, y viendo, que su crecida les hazia imposible el vado, se fueron à la Barca. Habló Capistrano en nombre de todos al Barquero, pidiendole con rendida sumision les hiziesse caridad de passarlos por el amor de Christo. Padre mio, respondió el Rustico, por Christo, y por el di-

Viendose el Santo desistuido de toda humana providencia, se desvió vn poco de los Compañeros, para hazer oracion à Dios. Recogióse todo al interior, y puesta su confianza en la Divina Providencia, pidió con viuísima Fè el remedio de la presente necesidad. Apenas hizo la Oracion, quando lleno de vn extraño fervor, y movido de especial impulso del espíritu, se convirtió à los Compañeros, diciendoles con voz alentada: Teneis Fè? Teneis Fè? Si Padre, si Padre, respondieron todos juntos. Pues seguidme,

Vvading: ad ant. 1451. n. 7. 8.

replicó: y desfogiendo vn Manto de su Maestro San Bernardino, que traia consigo por veneracion, azotó con él las aguas, como Eliseo las del Jordán con la Capa de su Maestro Elias. Nobien avia el Siervo de Dios excecurado el impulso, quando las aguas se abatieron à lo profundo, dexando el vado tan facil, que apenas el corriente bañaba las arenas. Viendo Capistrano, que el Rio con tan extraño prodigio les hazia la puente de plata para el tránsito, se entró à pie llano con la Comitiva. Todos, puestos en Dios los corazones, los ojos en el Cielo, y entonando Divinas alabanzas, passaron francamente à la opuesta orilla. No se dividieron las aguas en este successo, como las del Mar Bermejo en el passo de los Israellitas; ni como las del Jordán en el tránsito del Arca; sino que se abatieron hasta el suelo, permitiendo, que los Siervos del Altísimo passassen los penachos de sus rizadas ondas. Pudo ser en esta ocasion el ademán de las aguas obsequio, humildad, è interés: Interés, quedando santificadas con el contacto del Siervo de Dios: humildad, lavando, y besando sus benditas plantas: obsequio, formando de sus propios rizos para el tránsito alfombras de cristal. Luego que acabaron de passar los Santos Varones, bolvieron à elevarle las aguas hasta su primera altura; siendo razon quedassen elevadas en ella, las que en beneficio de los Siervos del Altísimo se mostraron humildes, y obsequiosas.

En la substancia de este prodigio conuenien todos nuestros Chronistas, aunque en el modo varian algunos, diciendo, que Capistrano, y los doze Compañeros passaron el Rio sobre el Manto de San Bernardino. Pero esto no lo tengo por tan verosímil, como lo que acabo de escribir: lo vno, porque así lo refiere nuestro

grande Annalista, que puso todo el conato de su erudicion en apurar la verdad, en las cosas, que pudieran padecer equivocacion, è dudar: lo otro, porque la capacidad del Manto de S. Bernardino, por grande que fuesse, no pudo ser tanta, que sin recurso à nuevo milagro, se acomodassen en él, no solo treze hombres, sino tambien el jumentillo; en que avian cargado los libros, y ropas necessarias para la limpieza: que este era todo el equipage de aquella Apostolica Condocta.

Lo cierto es, que Capistrano, años antes, siendo Vicario General de la Observancia, y haciendo la Visita Ordinaria de la Familia, llegó à las margenes del celebrado Pò, donde repellido tambien de la impiedad del Barquero, tendió el Manto sobre las aguas, y puesto sobre el con algunos dos, è tres Compañeros, vadedó el Rio milagrosamente. Puede ser que confundiendo algunos vn caso con otro, varien en el modo del primer milagro.

Al passo de las jornadas, continuaba Capistrano sus prodigios. Los que pudieron notarle diariamente, desde el día quinze de Abril; hasta el diez, y ocho del inmediato mes de Mayo, en beneficio de varios dolientes, y enfermos, son los que aqui sumariamente refero por escuclar la molesta. Dio vista à siete ciegos: vno perfecto de los miembros à otros siete paraliticos; habla, à doze mudos: oídos, à diez, y siete sordos; pies, à veinte y cinco tullidos; y sobre esto sanó à otros muchos de varias enfermedades, que por la multitud, y grande sequito de los Pueblos, no se pudieron numerar.

El día de la vigilia de San Bernardino llegó à Villaco, noble poblacion de la Carinthia, y donde recibió le innumerable concurso con extrañas demostraciones de veneracion, y alegría.

Vvading: titat. n. 8.

gría. Avia picado en aquel Pueblo vn pestilente contagio, que à los pacientes privaba repentinamente por espacio de tres dias del vfo de los feridos, derribandolos en tierra como muertos, hasta que al fin les quitaba la vida. Con esta ocasion pudo Capistrano celebrar à satisfaccion de su misericordia la fiesta de su Santo Maestro, esplayandose en exercitar la gracia de sanidades, que Dios N. S. tan sin tasa le avia comunicado. Determinò predicar, para dàr primero el principal remedio à las Almas; y despues del Sermoa descendió à curar los enfermos, tocados del contagio; que puestos en sus lechos, se los ofrecian los asistentes; para que les diese la bendicion. Hizolo con tan feliz efecto, que todos de repente se hallaron con perfecta salud, y se desapareció el contagio.

El dia siguiente de San Bernardino lograron el mismo beneficio otros muchos enfermos, y entre ellos el Vicario de la Iglesia principal de Villaco, que por mucho tiempo avia tenido embargado con el molesto achaque de la gota el vfo de las manos, sirviendole de notable desconsuelo verse privado de celebrar. De Villaco pasó à Estraburgo, donde diò vista à dos ciegos: oido, à vn sordo; y salud repentina, à otros muchos dolientes. De estos, la mas notable fuè vna muger moribunda, à quien sacò de los fauces de la muerte, à causa de vn excesivo fluxo de sangre, en cuya curacion se vieron frustradas todas las diligencias de la medicina.

Como la fama de tales, y tantos prodigios volaba por todas aquellas Regiones circunvezinas, eran innumerables los concurfos, que buscaban, y seguian al Siervo de Dios, persuadidos todos à que en el avian de hallar el consuelo de sus aflicciones;

la salud de sus dolencias; la solucion de sus dudas; la seguridad de sus Almas, y el remedio vniversal de todas sus necesidades. Con esto se haze creible, así la excesiva multitud de oyentes, que concurrían à sus Sermones; como las publicas, y festivas demostraciones de veneracion, y aplauso, con que los Pueblos, Villas, y Ciudades le recibian. Uno, y otro refiere con narracion sencilla Fr. Nicolás de Fara en la Epistola Historial, que escribió à los Padres de su Provincia de Tuscía, donde escribe muchos de los sucesos de esta jornada, como testigo ocular de los mas de ellos; y de esta relacion he tomado las siguientes palabras.

Continuando nosotros (dize) nuestro viage à estas partes de Alemania, para dàr expediente al negocio Apostolico, encomendado: lo primero, que se notò, fuè vna vniversal comocion de todos los Pueblos, como si estuviessen inflamados, è ilustrados con el fuego del Espiritu Santo, abrazaban, y recibian à nuestro Padre, y Señor Capistrano, con tantas honras, que es comun opinion, y sentençia de todos, aver sido raro, ò ninguno el Legado de la Italia recibido en estos Países con igual honor, y triunfo. Hale magnificado Dios N. S. entre los Alemanes, Moldavos, Bohemos, y Hungaros, con muchos milagros, señales, y prodigios: y è tal fuerte le ha magnificado, que ya todos le miran con summa veneracion; le ensalzan, y le predicán, no como à hombre, sino como Angel del Cielo. Casi todos los Pueblos de Alemania, Bohemia, Moldavia, y Hungria, se van tras él; y como si el afecto summo de la devocion les huviese sacado de juicio, así le siguen por los caminos; unos por el espacio de docientas,

Tom. 6.ª
nal. Ordin.
ad ann.

1451. 6

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

15

CAPITULO XXXIII.

ENTRA S. JUAN DE CAPISTRANO en Ciudad Nueva, donde le reciben el Emperador Federico III. y el Rey de Bohemia. Passa à Viena y en vna, y otra parte predica, y haze milagros.

Con el admirable comercio de aplausos, y beneficios: aplausos de los Pueblos à Capistrano, y beneficios del Siervo de Dios à los Pueblos: pasó beneficiando, y sanando por muchas partes de las Villas, Castillos, y Ciudades de Lombardia, Friuli, Carinthia, Estiria, y Austria; hasta que finalmente llegó à Ciudad Nueva, que otros llaman Cesarea. Aqui le esperaban, para recibirle solemnemente el Emperador de Alemania Federico, con todos los Principes, y primera Nobleza del Imperio; y el Rey de Bohemia, y Hungria Ladislao: al qual por su menor edad, y turbulencias de los Bohemos, tenia el Emperador en su tutela. La Magestad con que los dos grandes Monarchas recibieron al Siervo de Dios, fuè à medida de la soberania de ambos; y la veneracion, al compàs de la relevante virtud, y prodigios del Santo, à quien las voces de la fama avian hecho tan celebre, como venerable. No sè que la prodiga adulacion de Roma, para lisongear la hinchada, y pomposa soberbia de sus Emperadores, quando los recibia en triunfo, pudiese idear mayor gloria, que la que en esta ocasion logró la virtud de Capistrano, venerada, y aplaudida con tan estranos, è inauditos obsequios de tan grandes Monarchas de la tierra.

Pero la modestia, y serenidad del Santo en medio de tan excesivas honras, dixeron bien à entender al

Videbit re bene animo quous tempore imperatoris dicitur, ac vultus Apostolum Christi occurantur. Erit quous que presentia sua Dico Auguste ad singularem laetitiam. Que quous multa de preclari doctrina usque in sanctitate ex antea didicimus, magis cupit tunc aliquando sermonibus in seipso audire, & audire predicantem, & antequam Caesaris eloquiis delectaretur. Aneas Silv. Epistol. ad Capit.

Em.

Emperador, está aquel corazón tan vacío de sí, como lleno del Espíritu del Señor; y que hombre tan desafiado de la tierra, no podía menos de tener mucho comercio en el Cielo. Confirmóse mas en este concepto, quando después del recibimiento público (en que mas que etiquetas de la Política, se atendieron veneraciones de la piedad) se estrechó con el Siervo de Dios à secretas, y privadas conferencias, sobre el asunto de la Legacia. Tánto en estas Capistrano los buenos deseos de Federico, con que anhelaba estender la gloria de Christo por todas las Naciones del mundo; y reformar en sus Dominios las costumbres de sus Vassallos, en quienes el trato, y continuo comercio con Hereges, y Hebreos, afeaban el candor, y hermosura de la Immaculada Ley. Serviale al Santo de no pequeña complacencia ver arder en el corazón del Emperador la llama de zelo tan Christiano; como quien sabia estar hecho lo mas para el reforme de los Vassallos, quando cooperan à él con exemplos, y deseos los Príncipes, y Reyes.

Vno de los graves desordenes, introducidos en aquellos Países, era el comercio usurario con los Judios, en que se hallaba comprehendido tambien el Emperador: acafo porque la codicia, y la lisonja gastan muy pocos escrúpulos; y pudo ser, que alguna opinion de las que enseñan los Palacios en sus Aulas, paliasse à Federico la injusticia de estas usuras, con el especioso pretexto de arbitrio político, para la expedición de publicas vrgencias. Pero Capistrano, que miraba todas estas materias con la luz de la ciencia de los Santos, donde no se dexan passar las falacias de la lisonja, ni las cabilaciones de la razon de estado; valiendose de la ocasion en vna conferencia secreta, desengañó al

Emperador; y con respetosa modestia, pero con libertad muy santa, le dixo: Señor, ni el fervoroso zelo, con que V. Magestad Cefarea foli-cita el reforme de sus Vassallos; ni la obligacion de mi Apostolico ministerio, con que debo proponer à todos la verdad, y la justicia, sin aceptación de personas, permiten, hazerme complice por mi silencio en el desorden indigno de la usura, en que V. Magestad Cefarea (acafo por falta de quien lo advierta) se halla comprehendido. Menester es, para derivarle en los inferiores; porque, casi evidentemente, en el cuerpo de las Monarchias toda la salud de los miembros depende de la sanidad de la Cabeza. Como el Emperador atendia con veneracion al Siervo de Dios, y por otra parte su corazón estaba bien afecto à la piedad, prendieron en él las palabras del Santo tan executivamente, que no consintió mas el trato usurario; tan injusto, como indigno de vn grande corazón: y desterrado de sí, con facilidad en pocos dias le vió desterrado de sus Dominios. No conduxo poco para el feliz efecto de la advertencia del Santo, el averla hecho en oculto; porque de las reprehensiones publicas à los Soberanos, pocas vezes se coge mas fruto, que lisongear la malevolencia de los mal contentos.

No solo consiguió el zelo, y prudencia de Capistrano en Ciudad-Nova la extirpacion de este vicio de la usura, sino la de otros muchos, contra los cuales predicó algunos Sermones, confirmando su doctrina, como en otras partes, con varios, y frequentes milagros. Todos los dias, después de aver celebrado el tremendo Sacrificio de la Miffa, ponian en su presencia los dolientes, y enfermos,

nios, que le buscaban, para que los sanasse. Llegabale el Siervo de Dios à ellos; y después de averlos examinado de los Mysterios de la Fè, les daba perfecta salud, poniendo sobre ellos las manos, y diziendo aquellas palabras: *Super agros manus imponent, & benè habebunt*. Mas de quarenta fueron en pocos dias los dolientes, que de esta forma sanaron repentinamente de varias enfermedades.

En estos empleos Apostolicos, y en conferencias con el Emperador, gastó Capistrano en Ciudad-Nueva algunos dias, en los cuales se enteró muy bien por extenso de lo pujante, e insolente, que estaba en el Reyno de Bohemia el partido de los Hereges; y azorado de los ardores de su Catholico zelo, no quisiera detenerse vn punto, sin aplicar à tan pernicioso mal el oportuno remedio. Al mismo tiempo estaban tocando sus ojos la necesidad, de otras Provincias, y Regiones, por la dissolucion de las costumbres; y no sabiendo, qual de las dos necesidades era al trabajo de su zelo la primera acreedora, multiplicaba delante del Señor sus oraciones, para que se dignasse dirigir su camino, y manifestarle su beneplacito. En el fervor de esta oracion estaba vn dia, quando fuè hecha vna voz del Cielo, que sensiblemente le dixo: *A los Bohemos, à los Bohemos*. Por los efectos de su corazón, no pudo dudar, como tan práctico en las cosas Divinas, ser de Dios aquella voz; de cuya fuerza motivado, participó al Emperador toda la serie del suceso, pidiendole licencia, para passar à la empreffa, que le destinaba la Providencia Divina. Estaba el corazón de este plaudoso Principe muy prendado de la virtud, y sabiduria de Capistrano, y à esta causa se le hazia muy sensible el apartarle de sí. Pero no queriendo oponerle à las determinaciones So-

beranas, le dió su consentimiento, para passar à Bohemia, faciendo por partido, que passasse por Viena su Corte; y en ella predicasse algunos dias, para consuelo de sus Moradores, que deseaban con ansias oírle. Condescendió el Santo à los ruegos del Emperador: y aviendose estendido la voz del tránsito del Siervo de Dios à Viena, fueron innumerables las personas, que de los comarcanos Pueblos concurrieron à Ciudad-Nueva, para acompañarle el dia de su partida.

Luego que en Viena se supo con certeza su arribo, fuè inexplicable el regozijo, que ocupó los corazones de todos los Moradores de aquella gran Corte, sin exclusion de algun estado, calidad, ó condicion de personas. La Univerfidad, por no quedar inferior à los demás en este obsequio, salió hasta fuera de los muros, à recibir al Siervo de Dios en Claustro pleno de Maestros, y Doctores, con innumerable turba de Jovenes Estudiantes, que en altas, y festivas voces aclamaban à Capistrano: *Nueva luz del mundo, y alegría del Imperio*. Con este aplauso le recibieron; y acompañaron hasta el Templo; donde, para satisfacer en parte con humilde gratitud tan estranos obsequios, predicó el Siervo de Dios, tomando por Thema aquellas palabras del Apostol. Santiago: *Omne datum optimum, & omne donum perfectum de sursum est*. Concluido el Sermon, dexó citado al Auditorio para la Iglesia Cathedral; donde bolvió à predicar el dia siguiente sobre aquello de Jeremias: *A A A. Domine Deus, nescio loqui, quia puer sum*. En vno, y otro Sermon perotó con tanta magestad, y elegancia; con tanta copia de sagrada erudición; con tanto fervor de espíritu; y tan abrasado zelo de la honra, y gloria de Dios, que Doctores, y Maestros, quedaron palmados en admiracion.

Adhuc domus Caesarum sic enim novam Civitatem nominant vocant
recipiunt qui vnam Dei in veritate docent qui pecuniam spernant honores fugiunt, absque
multitudine ad eam plebsque se tantum vicinas putant donec visere vnum que ad
autem, Vienne perijt; cantuq; novo de Dios en Claustro pleno de Maestros, y Doctores, con innumerable turba de Jovenes Estudiantes, que en altas, y festivas voces aclamaban à Capistrano: Nueva luz del mundo, y alegría del Imperio. Con este aplauso le recibieron; y acompañaron hasta el Templo; donde, para satisfacer en parte con humilde gratitud tan estranos obsequios, predicó el Siervo de Dios, tomando por Thema aquellas palabras del Apostol. Santiago: Omne datum optimum, & omne donum perfectum de sursum est. Concluido el Sermon, dexó citado al Auditorio para la Iglesia Cathedral; donde bolvió à predicar el dia siguiente sobre aquello de Jeremias: A A A. Domine Deus, nescio loqui, quia puer sum. En vno, y otro Sermon perotó con tanta magestad, y elegancia; con tanta copia de sagrada erudición; con tanto fervor de espíritu; y tan abrasado zelo de la honra, y gloria de Dios, que Doctores, y Maestros, quedaron palmados en admiracion.

Def.

Despues de captar en estos dos Sermones, como prudente, y diestro Orador, la benevolencia de los Vienenses; ó (por mejor dezir) despues de radicarse, y confirmarse mas en ella, empezó à predicar contra los vicios con admirables frutos; à que ayudaban grandemente sus continuados milagros. En solos tres dias en esta Corte dió vista à cinco ciegos; oído à seis sordos; lengua à tres mudos; y fadó de varias dolencias à enfermos innumerables.

Era ya cosa tan comun quedar libres de sus enfermedades aquellos, à quienes el Santo daba la bendicion, que alguna vez que no sucedió así, se extraño por novedad, como se dexa ver en el siguiente caso. Predicaba en la referida Corte de Viena, en ocasion, que estaban en el Auditorio mil enfermos, esperando, que el Santo, concluido el Sermon, les diese con la bendicion la salud, como siempre sucedia. Bendixoles; pero ninguno sanó. Extrañaron los asistentes (que eran innumerables) la novedad inopinada, discutiendo sobre el motivo de ella con variedad de juicios. Los que mas especialmente se turbaron, fueron los Compañeros del Santo, bacilando algunos de ellos en la fe de sus maravillas. Dióle el Señor à entender la interior turbacion de los Compañeros; y tanto para alentar sus desmayos, quanto para que resplandeciese mas el poder, y virtud de Dios, algo la voz, y con extraño fervor de espíritu les dixo: *Modica fidei, quare dubitastis? Crastina die videbitis gloriam Dei, & nulla eras, nullusque sexus excludetur à beneficentia Divina. Hombres de poca fe, por qué así dudastis? Mañana vereis la gloria de Dios; y ni los niños, ni los ancianos, ni las mugeres, ni los varones serán excluidos de la Divina beneficencia.* Con esta promessa dexó reprehendida la poca fe de los Compañeros;

dió esperanças de salud à los dolientes; y llamó, y combió la atencion de todo su Auditorio para el Sermon del siguiente dia. Con la expectacion del suceso, bolvieron à oírle todos; y el Santo desempeñó su palabra con satisfacion universal; porque acabado el Sermon, echando la bendicion à los mil enfermos, se hallaron repentinamente sanos; no sin pasmo, y admiracion de los circunstantes; los quales no acababan de magnificar à Dios, que dió tal potencia à los hombres.

CAPITULO XXXIV.

DE OTROS ESTUPENDOS PRODIGIOS de Capistrano en Viena: T. frutos maravillosos de sus Sermones.

Fuera materia, no solo molesta; sino moralmente imposibles, referir con individuacion los prodigios del Siervo de Dios en Viena, para confirmacion de su doctrina. Baste dezir, que siendo doze sus Compañeros, y todos empeñados en anotar los milagros, se dieron por vencidos de la multitud; porque despues de escritos setecientos, arrojaron la pluma; con vna como desesperacion santa de conseguir el intento. Bien es verdad, que por esse medio le consiguieron mejor: como el otro Pintor, que tirando despechadamente el pincel à la tabla, dexó retratada mas al vivo la imagen de su idea. Fray Nicolás de Fara, vno de estos doze Compañeros; en la relacion arriba citada, se contenta con dezir: *Ser ya el numero de los enfermos, que acudian al Santo, para que los sanasse, incapaz de decirse; porque bazian Romerias en numerosas quadrillas; como suele suceder en la ocasion de Jubileos; y que despues de aver apuntado doscientos prodigios del Siervo de Dios en*

Vi-

De N.P.S. Francisco. Lib.I. Cap. XXXIV. 85

Viena, de xaba otros muchos, que no pudieron ceñirse à la pluma. De los que se extrivieron, eligiré vno, ò otro, para entrañar en los corazones de todos la devocion al Santo; porque el vulgo, poco discreto; suele apreciar à este fin mas el bulto de los milagros; que la substancia de las virtudes.

Vn Cavallero, possido todo de la furiosa passion de los zelos, vivia tan poco satisfecho de la fidelidad de su esposa, que llegó à persuadirse, no ser Padre de vn niño de dos meses; que avia dado à luz la honesta Señora. El hombre (si es que vn zeloso debe llamarse así) fuera de juicio; consultó con su dolor, su imaginado agravio. Y como quien se aconseja con las tinieblas; no puede sacar por resoluciones mas, que ceguedades; determinó deducir el caso al fuero contentoso, pidiendo en todo rigor de justicia el castigo de su consorte. Sugieran sus zelos mil cabilaciones para la probanga; y hasta sus mismos ojos queria jurassen, como testigos, en el processo publico de su afrenta. La afligida Señora protestaba su innocencia delante de Dios, y del Juez; con el testimonio de su conciencia, escrito en su corazón. Trasladabanle al papel del rostro los ojos; sirviendo de tinta las lágrimas, y desello la verguença, impresa à la fuerza del recato en las mejillas. Fuè tan poderoso para con el Juez este mudo testimonio, que llegó à sospechar con vehemencia, ser toda la acusacion vna quimera fantástica de la passion de los zelos. Con esta prudente sospecha no quiso proceder al estrepito de los procesos, sin consultar primero à Capistrano, cuyo dictamen era de mucho peso en este punto, no solo por Santo, sino por doctissimo, y versado en vno, y otro Derecho. Consultóle; y conocida por el Santo, con luz del

Parte V.

Cielo, la innocencia de la muger; dispuso, que el Juez hiziesse comparecer en presencia suya al Cavallero; y à su Bispo con el niño en los brazos; juntos todos delante del Juez, y de Capistrano: dixo este al niño en alta voz: *Innocente criatura, cuya lengua tiene atada el impedimento de la infancia, rompe agora las ataduras; y para gloria de Dios, y consuelo de tu madre, di claramente: quien es tu Padre?* No bién huvo el Santo acabado de intimar el mandato; quando el infante; mirando con blandos ojos al Cavallero, articuló en voz Alemana muy clara; y distintamente las siguientes palabras: *Tu, Señor, eres mi Padre.* Con tan milagroso testimonio quedó el Cavallero satisfecho, y arrepenido; la innocencia de la Matrona, calificada; y todos llenos de gozo; viendo desatado en la inocente lengua de vn niño el nudo de tan odiosa litis; en cuya decision milagrosa, y no se que juzgue por maravilla mayor; desengañarse arrepenido el zeloso; ò hablar antes del tiempo el infante.

La innocencia de los niños pare-

ce robó à Capistrano los ojos en Viena; para esmerarse con ellos en los milagros; pues todos los que restan en este Capitulo, los hizo con criaturas de tierna edad. En el mismo dia, que dió salud à los mil enfermos (de que hizé mencion en el Capitulo pasado) pusieron en su presencia vna niña de cinco años, cuyo funeral dexaban ya dispuesto sus Padres, porque la veian agonizar, destituida de todo humano remedio. Miróla el Santo, y movido à misericordia; poniendola de pies, la dixo: *Hija, buelve à tu casa.* Al instante comenzando à correr la niña con el vigor de quien estaba sana, se fuè à su casa por su pie, como el Santo se lo mandó.

Aun es mas prodigioso el caso que se sigue: Otra niña de tres años,

H

tra;

trabeseando con la ligereza de la edad en vna Cafeteria del Campo de Viena, vino à caer en el pozo. Echaronla menos sus Padres; y al fin de quatro dias, que gastaron en buscarla con exquisitas diligencias, se le previno registrar el pozo; porque en las desgracias, el aviso que puede ser alivio, es el que llega el ultimo. Hallaronla en lo profundo, y la facaron con la monstruosa fealdad, que se dexa discurrir despues de quatro dias ahogada. Con esta fatalidad à los ojos, creció igualmente en los Padres el dolor de la muerte de su hija, y la fe de los milagros del Siervo de Dios. Firmes en esta fe, y azorados de aquel dolor, resolvieron poner la difunta niña en el feretro, y llevarla al Santo, que predicaba en Viena. Llegaron con ella en ocasion, que no pudieron ponerla à su vista, por estar actualmente predicando, y ser innumerable el concurso. No por esto se dió por vencida la fe de los afligidos Padres; y aguardaron à que el Santo, concluido el Sermon, echasse la bendicion à los oyentes, como lo tenia de costumbre; porque creian bastar esta sola bendicion, para que resucitasse su hija. No les salió falida su fe, ni su esperança; pues apenas el Siervo de Dios bendixo al Auditorio, quando empezó à dar muestras de vitales alientos la niña difunta. Y como si con aquella bendicion huviesse Capistrano hecho señas al Alma, para que bolviesse al cuerpo, quitando de él los horrores de la muerte; así obedeció: y vieron los Padres à su hija, no solo con vida, sino tambien libre de la monstruosa hinchazon del agua. No ay circunstancia en este milagro, que no sea para la admiracion vn assombro. Detuvierame con gusto à su ponderacion, si por declinar demasadamente à lo Panegyrico, no temiera faltar al rigor de lo Historico. No por esto dexaré de

apuntar de passo, que para resucitar à Lazaro, de quatro dias difunto, quiso el Autor de la vida multiplicar cuidados, y prevenciones: avisos de las Hermanas; ruegos de los Apostóles, instancias de Marta; suspiros de Magdalena; passos, oracion, lagrimas, gemidos; y el singular mandato de Christo, en que se intimaba la resurreccion à Lazaro, llamandole por su nombre: *Lazare, veni fora*. Nada huvio en la resurreccion de la niña, tan bien difunta de quatro dias: bastando para el milagro vna bendicion tomos; y essa à lo lexos, al descuido, y casi sin atencion: como si afectasse el amor Divino, para magnificar à su Siervo; que lo mismo, en que Christo gataba muchos cuidados, hiziesse Capistrano con vn descuido. *Pocos mas años, que la niña res ferida, tenia el hijo de vn Mercader de Viena; pero los bastantes, para que seconociesse con evidencia, sei mudo de nacimiento. Con el deseo de verle con habla, le llevó vn dia su Padre à la presencia de Capistrano. Recibióle el Siervo de Dios caritofamente, y no sin memoria de aquellas palabras del Divino Salvador à sus Discipulos: *No querais prohibir à los parvulos, que lleguen à mi, porque de estos es el Reyno de los Cielos*. Desahogado yà en tiernas demostraciones: el afecto del Siervo de Dios à la candida inocencia de la niñez, le dixo: *Querido mio, di tres vezes Jesus*. Obedeció puntualmente el Angelito; repitiendo tres vezes este Dulcissimo Nombre; y de allí adelante habló expedidamente la lengua Alemana, con tanta admiracion de todos, como gozo de su Padre; cuyo alborozo pudiera fundarse, no tanto en que su hijo avia empezado à hablar: como en que avia empezado à hablar bien.*

A medida de estos milagros fueron en Viena los frutos de sus Sermones. Apenas hubo en toda aquella gran Corte estado, ó condicion de personas, que por medio de su predicacion no se moviesse à mejorar de vida. José convertida la vívra, en equidad; la desemboltura, en modestia; la gula, en templança; el odio, en caridad; la avaricia, en misericordia; y en luz de Christiano desengaño, la ceguedad mundana. Fueron testimonio de esta maravillosa, y univerversal mudança de costumbres, los vanos ornatos, y afeytes de las mugeres; las quales venian con ellos en las manos, y los arrojaban à los pies del Siervo de Dios; para que como à complices de la vanidad, y lazeos de la lascivia, los diese à las llamas en publicas hogueras. No menos testificaron esta mudança de la diestra del Altissimo innumerables Mancebos; que aterrados con las voces de la amenaza, buscaban en la direccion el santo puerro seguro, para librarle de los peligros del mundo.

Repartió el Siervo de Dios estos Mancebos en varias Religiones, reservando cinquenta para su Familia Observante, que entonces empezaba à nacer en el Imperio. A fin de instruir à estos Jovenes en la Regular disciplina, pidió al Emperador suyo, para fundar Convento, y se le ofreció à su eleccion con generosa piedad. Aceptó el Siervo de Dios el favor, y con el permiso del Emperador, eligió vn pobre Conventillo fuera de los muros, y en el Arrabal de la Ciudad, donde vivia muy corto numero de Monjas Terceras de N.P.S. Francisco. Y aviendo primero prevenido, que à estas se les diese, como se les dió, Convento mas decente, tomó Capistrano la posesion, acomodandole lo mejor que se pudo, para vivienda de Parte V.

los Religiosos. Aquí dió el Abito à los cinquenta Jovenes, que arriba dixé, entregandolos à Fr. Miguel de Sicilia, à quien (con autoridad Pontificia, que para esto llevaba) hizo Guardian: y à la disciplina de Fr. Geronimo de Milan, à quien hizo Maestro de Novicios. Atrados del buen exemplo de estos Mancebos (entre los quales avia muchos de los que cursaban las Escuelas) dieron al siglo libelo de repudio otros muchos Varones doctos de la Univeridad, y todos tomaron el Abito en este mismo Convento; que en pocos años creció al numero de docientos Religiosos. Por esta causa fué preciso ampliar la fabrica, à que contribuyó con largas limosnas la piedad de los Vienenses. Mantuvo se en pie, hasta que en tiempo de Carlos V, le demolieron en el sitio de Viena las Armas del Turco. Con esta ocasion se entraron los Religiosos en la Ciudad, aviendo obtenido del Senado sitio capaz para la fundacion de nuevo Convento, donde oy se man tienen;

CAPITULO XXXV.

INTENTA CAPISTRANO ENTRAR en Bohemia, y no lo consigue por la oposicion de los Hereses: Arman estos unacelada à su vida; y los confunde con intrepida animosidad.

LAtian continuamente en el co: rason de Capistrano los im: pullos de passar à Bohemia, que como poderosos ecos quedaron resonando en lo interior del Alma, desde que la voz del Cielo le intimó en este punto el Divino beneplacito. No ignoraba, que muchas vezes las operaciones tantas se vician de caprichos, quando por alguna circunstancia